

MARÍA ZAMBRANO EN LA TRINCHERA CHILENA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

De un contexto de escritura y a propósito
de la revelación de la razón poética

Francisco José MARTÍN

ABSTRACT • *María Zambrano in the Chilean Trench of the Spanish Civil War* studies of the Chilean period of María Zambrano (November 1936-June 1937) with special attention to the double context –Spanish and Chilean– of her writing. Study of the Chilean production of María Zambrano. Chile as a belligerent space in the Spanish civil war and as the birthplace of poetic reason.

KEYWORDS • María Zambrano; Spanish Civil War; Chile; Razón poética.

María Zambrano llegó al puerto de Valparaíso el 18 de noviembre de 1936. Acompañaba a su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, a la sazón recién nombrado por el gobierno de la República española primer secretario de embajada en Santiago de Chile, a las órdenes de aquel carismático “embajador rojo” que fue Rodrigo Soriano en un decir muy celebrado de José María Pemán. El alzamiento de los militares golpistas cuatro meses atrás chocó con una resistencia inesperada, abriendo de consecuencia el frente militar de una guerra que se iba a combatir sin ahorro de energías en multitud de frentes. El diplomático fue uno de los primeros en abrirse y uno de los problemas más urgentes a los que el gobierno republicano tuvo que enfrentarse: las legaciones en el extranjero en general se dividieron siguiendo una ecuación muy simple que en muchos casos ponía por encima de la lealtad a la República, que todos los miembros del cuerpo diplomático juraban necesariamente para entrar en el cargo, la adhesión a los afectos y simpatías políticas que de manera privada los animaban. De este modo, el personal diplomático dividió sus destinos y dio vida de manera variada a la doble representación de los dos bandos de la guerra civil en el extranjero (Moradiellos 2001: 19-24). Tal sucedió en Chile, que a la sazón era, como se verá después, un lugar de importancia estratégica en la política internacional de la República española: frente a la tibieza de muchas legaciones españolas en el extranjero, en general tan diplomáticas y algunas jugando a equilibristas imposibles, Rodrigo Soriano no dudó en declararse fiel a la República y en manifestar públicamente el compromiso de su Embajada con la causa republicana en la guerra de España. La actitud de Soriano, su indudable gesto republicano, hizo que las cosas de España en Chile precipitaran antes que en otros sitios, dando vida, por un lado, a unas cada vez más tensas relaciones con el gobierno chileno de Alessandri Palma, y, por otro, a la pronta salida de su Embajada de un cierto número de diplomáticos que en seguida iban a improvisar la representación consular del

llamado bando nacional. Aquel vacío de personal diplomático fue lo que motivó el rápido nombramiento del joven Rodríguez Aldave para la Embajada de Chile.

De aquel viaje María Zambrano dejaría después varios testimonios en su obra. En uno de ellos, el del prólogo de *Filosofía y poesía*, escrito a guerra terminada y en medio de su exilio mexicano, recordará lo siguiente:

Y al fin, para no detenerme más en este inolvidable y decisivo viaje, llegamos a Valparaíso. Y desde allí, a través de un campo de cactus candelabro, a Santiago de Chile. En el instante mismo en que subíamos las escaleras del edificio de la Embajada, bajaba el embajador, quien nos dijo “no deshagan ustedes las maletas, que me acaba de llamar el Presidente de la República, para romper relaciones con España”. No fue así, una vez más, pero la amenaza estaba en pie (Zambrano 2015: 684).

La cita da idea del ambiente de zozobra y sobresalto que se vivía en la Embajada de España en Chile. En ese ambiente y en las relaciones que en él y desde él se hacían con la intelectualidad chilena en apoyo de la causa republicana es donde cabalmente cabe situar a Zambrano durante su estancia chilena y desde donde es preciso entender su escritura de esos meses. Escritura de urgencias, claro está.

El joven matrimonio regresaría a España el 19 de junio de 1937 (Bundgard 2009: 181): él para incorporarse al frente y ella para colaborar muy activamente en la retaguardia desde la capital valenciana. Volver fue un gesto ejemplar, sin duda, en un momento, además, en el que las cosas de la guerra parecían torcerse para la República, pero fue también, en el caso de Zambrano, un gesto solidario para con su marido, cuyo llamamiento a filas sintió él no poder/deber desatender, y al que ella, compañera antes que esposa, no quiso dejar solo en ese trance, y fue también, de seguro, una decisión tomada conjuntamente, pues lo cierto es que hubieran podido quedarse en Chile, como les propuso Soriano (Zambrano 2014: 713), seguir en el trabajo de aquella embajada que tanto estaba haciendo en el apoyo a la causa republicana, pero ellos, ambos, el matrimonio que eran entonces, tomaron la decisión de volver. De volver para perder la guerra, o para ganarla, no se sabía entonces, aunque tal vez se sospechaba ya cómo iban a terminar las cosas: “cuando fue llamada a filas la quinta de mi compañero, decidimos regresar a España, en el momento en que era más evidente que nunca la derrota de la causa en que creíamos. ¿Y por qué vuelven ustedes a España si saben muy bien que su causa está perdida? Pues por esto, por esto mismo” (Zambrano 2015: 684). Fue elegir volver para ponerse al lado del pueblo, esa categoría tan importante en el pensamiento político de Zambrano y que ya la alejaba aún más de su maestro Ortega y Gasset, volver para ponerse al lado de la República y en contra de los enemigos de la democracia, en un gesto que sabe también de renuncia a los privilegios propios de las élites culturales de la época, a las que, aunque jóvenes, ya pertenecían por derecho propio Zambrano y Rodríguez Aldave. Tiene razón Madeline Cámara (2013: 19) al resaltar en esta época de la obra y del pensamiento zambranianos la importancia de la relación y del carácter simbiótico que mantenía el joven matrimonio, en general juzgados, la relación y el carácter, desde lo que iba a pasar después entre ellos, como si la sucesiva separación y ruptura de la pareja pudiera ampliarse también a los años que pasaron juntos y pudiera borrar lo que de veras hubo (el amor, los proyectos, el compromiso cultural y político).

A su llegada a Chile, “casada acaso por destino” (Zambrano 2014: 735), la joven Zambrano había publicado ya un libro y un buen puñado de artículos en algunas de las mejores revistas de la época, como *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*, se había desempeñado como asistente de Ortega y Gasset en su cátedra universitaria y había participado muy activamente en los movimientos políticos y culturales que su misma generación impulsaba desde finales de los años 20 y durante todo lo que iba de los 30. Ellos, los jóvenes de entonces, fueron quienes dieron visibilidad a las protestas contra la dictadura de Primo de Rivera y quienes salieron a llenar calles y plazas de

alegría y entusiasmo a la llegada de la República. No es extravagante, por eso, promover el abandono de la convención de Generación del 27 en favor de la sin duda más apropiada de Generación de 1930 o de la República, como ellos mismos se llamaban. Zambrano está ahí, y lo está plenamente, en cuerpo y alma, participando y dando vida a ese nuevo espíritu generacional que había irrumpido en la escena española con la fuerza de un vendaval y que la guerra civil iba a truncar y a deshacer. Tal vez es *El nuevo romanticismo*, de José Díaz Fernández, el libro que mejor recoge y representa el nuevo espíritu de esa joven generación, y es, en cierto modo, hermano gemelo del primer libro de Zambrano, publicado también ese mismo año de 1930 y titulado *Nuevo liberalismo*. Ambos recogen el magisterio de Ortega, Díaz Fernández para asestar un duro golpe a la teoría del arte deshumanizada, y Zambrano, más comedida y sutil, para abrir política y filosóficamente el liberalismo del maestro en la dirección de aquel humanismo moderno que había propugnado pocos años atrás Fernando de los Ríos en *El sentido humanista del socialismo*.

Muchos años después, después de la República y de Chile y de la guerra civil y de la guerra mundial, en medio de aquel exilio que acabó por hacérsele patria, Zambrano publicaría *Hacia un saber sobre el alma*. No siempre se tiene en cuenta que buena parte de ese libro lo componían los artículos antes aludidos publicados en las revistas de Ortega y Bergamín, artículos que en modo alguno habían pasado inobservados, ni en España ni en América, y que ponen de manifiesto o dan cuenta certera de la índole de problemas filosóficos a los que Zambrano se enfrentaba ya antes de llegar a Chile. De hecho a Chile no llega como la esposa que acompaña al marido, sino que la prensa de la época la retrata como prominente escritora y como filósofa (Soto García 2004: 105). Y con el Chile progresista, ideológicamente amplio y variado, Zambrano conectará en seguida.

Chile vivía un momento político convulso. Los efectos de la gran depresión de 1929 abonaron un malcontento social creciente cuya muy variada y diversificada acción política –a veces muy desorganizada– llevaría a la proclamación de la República socialista de Chile en junio de 1932. El experimento duraría apenas tres meses. Siguió una “vuelta al orden” muy marcada por el modelo autoritario de gobierno que encarnaba el liberal Arturo Alessandri Palma: con él las élites económicas y militares volvieron a hacerse cargo del control político de la nación en aras de la defensa de los intereses de las clases dominantes. Pero, pese al fracaso, la izquierda chilena había hecho una experiencia durante la breve vida de la República socialista que le iba a servir de mucho para orientar su estrategia futura. Y sobre las enseñanzas de aquella experiencia iba a caer como agua en mayo la resolución del VII Congreso de la Internacional Comunista, de 1935, según la cual se propiciaban las alianzas políticas entre los partidos de izquierda con el fin de tomar el poder político a través de los mecanismos previstos por las llamadas democracias liberales. De otro modo: el Partido comunista de la Unión Soviética avalaba y daba luz verde a la creación de los Frentes Populares: los de Francia, España y Chile son los primeros en formarse (España y Francia en 1935 y Chile en 1936) y los primeros en alcanzar el poder (España y Francia en 1936 y Chile en 1938). Es, pues, en este contexto de política internacional que hay que entender la principal importancia estratégica que revestía Chile para la República española, la importancia y el cuidado diplomático que requería ese país tan estrecho y alargado, comprimido entre el Océano Pacífico y la Cordillera de los Andes, la “loca geografía” en decir de Benjamín Subercaseaux o el “largo pétalo de mar” en verso de Neruda, aquel lugar de lejanías y de misteriosas proximidades situado casi en los confines del mundo.

Rodrigo Soriano, otrora blasquista y después compañero de Unamuno en el destierro de Fuerteventura y en el exilio en París durante la dictadura de Primo de Rivera, es un peso pesado de la diplomacia de la República. Había visitado la Unión Soviética y era impulsor y defensor de la estrategia de los Frentes Populares, lo que hacía de él –quizá– la persona mejor preparada para cubrir la plaza de la Embajada de la República española en Chile. Sus simpatías políticas eran claras y en él vio en seguida el Frente Popular chileno un referente para su colaboración internacional.

Cuando, en 1938, el radical Pedro Aguirre Cerda ganó las elecciones en Chile a la cabeza del Frente Popular, Rodrigo Soriano encontró en él un hombre y un político sinceramente comprometido con la República española, comprometido con su causa y con los destinos de los miles de republicanos españoles que de ahí a poco iban a verse obligados a abandonar el país y a buscar acomodo en el exilio: la gesta del Winnipeg es bien conocida en propósito (Martín 2019).

Del ambiente cultural chileno de la época y de su singular acercamiento a esa España moderna y modernizadora que supo encarnar las instancias culturales de la llamada Edad de Plata o Medio siglo de Oro, y de manera funcional al caso que nos ocupa, cabe destacar lo siguiente: el magisterio de Huidobro en los movimientos de vanguardia españoles, en lo que fue, sin duda, un puente que se consolidaba en la poesía de lengua española más allá del modernismo; la visita de Ortega y Gasset a Chile en 1928, recibido en olor de multitudes, lo que consolidó su obra al frente de *Revista de Occidente* como guía de lecturas y referencia obligada de las élites liberales chilenas; la acción de Pablo Neruda en la Embajada de Chile en Madrid y, sobre todo, su implicación en la cultura española de los años 30 (téngase en cuenta su papel como director de la revista *Caballo Verde para la Poesía* y su amistad con los principales poetas de la Generación del 27). Huidobro, Ortega y Neruda (y Mistral, aunque de otro modo), cada uno a su manera, fueron puentes, o mejor, columnas que ayudaron a dar solidez al puente nuevo, o renovado, que se estaba levantando entonces entre Chile y España, un puente, por lo demás, que venía a sustituir, o a rehacer, el puente colonial de siglos atrás que había saltado por los aires con las Independencias.

La creación del Frente Popular chileno y el estallido de la guerra civil en España fueron el detonante de algo que no puede calificarse simplemente como acercamiento, progresivo o creciente, sino que, en propiedad, debe ser visto como un proceso de implicación de los distintos ambientes político-culturales chilenos que variamente convergían en el campo de apoyo al Frente Popular con la causa republicana española. Talmente es así que la Guerra civil española y el asesinato de García Lorca suelen indicarse como señas de identidad de la Generación de 1938 en Chile (Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Teófilo Cid, Eduardo Anguita, Volodia Teitelboim, etc., a los que aún habría que añadir los un poco más jóvenes Jorge Millas, Nicanor Parra y Luis Oyarzún). Señas de identidad literarias y culturales, y no solamente políticas, pues lo que los jóvenes chilenos estaban descubriendo, o hacia donde estaban transitando, no era otra cosa que una concepción del arte y de la literatura, o de la cultura en general, que no podía desentenderse del mundo. Es más: no sólo no podía desentenderse sino que debía hacer propias las instancias de su transformación. No es impensable que el libro de Díaz Fernández, *El nuevo romanticismo*, bien sea a través de Neruda o de la propia Zambrano, llegara a Chile y fuera leído con devoción por estos jóvenes, aunque, en el fondo, tampoco hacía falta, pues lo que ese libro señalaba, y que fue tan importante en España, era ya (cuando Neruda y Zambrano llegaron a Chile tras el inicio de la guerra civil) simple “espíritu del tiempo”.

Debe ser claro también que la afinidad entre los Frentes Populares español y chileno contribuyó a crear una afinidad también entre los enemigos internos de ambos Frentes Populares, dando lugar a una suerte de progresiva división de la sociedad chilena alrededor de la guerra civil española. Tal es así que la historiografía chilena de la época habla de una guerra civil paralela a la española en Chile (Fernandois 2005: 132) o ve en Chile un frente de combate de la guerra civil española (Sapag 2003: 9), algo que, cuanto menos, da idea clara de la configuración de las relaciones que podían establecerse entonces entre españoles y chilenos.

No han sido pocos los estudios (vid. bibliografía) que se han dedicado a desentrañar el sentido y el horizonte de acción de aquel “inolvidable y decisivo viaje” de Zambrano a Chile, como lo llamó ella misma en el prólogo ya citado de *Filosofía y poesía*, pero no todos, quizá, han logrado recomponer una figura fidedigna capaz de hacer justicia a la complejidad del momento. La mayoría muestran su límite en el objetivo que se trazan, pues es obvio que no se pueden rastrear los aspectos

parciales de una obra, aunque restringida a una de sus partes más breves, como es el período chileno de Zambrano, sin acometer el cabal estudio de lo global, sin entender acaso que el sentido de las obras o de los escritos de un mismo período no se manifiesta sólo de manera ascendente y separadamente, sino que es preciso atender también al carácter descendente que va de lo grande a lo pequeño, del libro al capítulo y del capítulo al artículo, y que sólo así se puede hacer de verdad justicia al entramado de relaciones en que viven –porque eso son– los textos de un mismo corpus. La filología no se improvisa, ni siquiera lo más básico de ella, como es el caso, y por eso tantos no vieron, no supieron ver o no se atrevieron, y aunque llegaron antes no supieron o no pudieron aprovechar la ocasión que el tiempo les brindaba. Madeline Cámara llegó después, pero supo ver en seguida, y viendo supo y pudo dar el debido realce al período chileno de María Zambrano. Porque Chile no es un lugar cualquiera, un lugar de ocasión o de paso, uno más entre otros, sino el lugar de nacimiento de la “razón poética” (Cámara 2013: 19 y 2015: 24).

En los siete meses de vida chilena Zambrano publicó un libro importante, *Los intelectuales en el drama de España*; confeccionó y editó una antología no menos importante de la poesía de Federico García Lorca, pues se trata de la primera del poeta después de su asesinato, algo que iba a contribuir poderosamente a la construcción y afianzamiento internacionales del mito de Lorca; confeccionó y editó un *Romancero de la guerra de España*, muestra indeleble de un quehacer poético que marchaba al frente de la causa republicana; escribió el muy sentido y poderoso epílogo con el que se cerraba el importante poemario prologado y coordinado por Gerardo Seguel, *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*; y escribió también un buen manojo de artículos, breves en su mayoría, que aparecerían publicados en distintas revistas chilenas y españolas y de los que la crítica especializada ha ido dando cuenta a retazos y en general de manera parcial (Soto García 2005 y Sánchez Cuervo 2014).

A todo ello hay que añadir su trabajo en la editorial Panorama, fundada con Rodríguez Aldave y sufragada con su sueldo de diplomático (Zambrano 2014: 713). El primer libro que se registra publicado por Panorama es el poemario de Gerardo Seguel, *Horizonte despierto*, de 1936, al que siguió, ya en 1937, la que fue sin duda la joya de la editorial, *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*, coordinada por el propio Seguel y en la que se incluían a los mayores poetas vivos de entonces (Huidobro, Neruda, de Rokha, etc., con la sola excepción de Gabriela Mistral). De 1937 son también la antología *Federico García Lorca* (que tuvo dos ediciones ese mismo año) y el *Romancero de la guerra de España*, ambos cuidados y editados por Zambrano, así como los libros *Cuatro meses de Guerra civil en Madrid*, del chileno Luis Enrique Délano, y *Los intelectuales en el drama de España*, de la propia Zambrano. Hernán Soto (1996: 18) señala también una antología de Rafael Alberti como publicación de la editorial Panorama en 1937. No poco para siete meses, desde luego. Y a lo que aún hay que añadir su trabajo en la dirección compartida de *Principios. Revista de Cultura Actual*, donde figura al lado de Bernardino Vila, José M. Calvo, Gerardo Seguel y Volodia Teitelboim.

Es Volodia Teitelboim, muchos años después de todo aquello, quien iba a dedicar un recuerdo entrañable al breve pero intenso paso de María Zambrano por Chile. De quien dice que “nos dejó una lámpara para iluminar las noches largas. Nos dejó una ausencia” (Teitelboim 2004: 537). El joven chileno tenía entonces veinte años y era poeta, y había publicado junto con Eduardo Anguita la “escandalosa y desafiante” *Antología de la poesía chilena nueva*, una obra que, como se sabe, iba a irrumpir en el panorama cultural chileno con fuerza inusitada. Después se convertiría en una figura de referencia de la izquierda cultural y política de su país, llegando a ser secretario general del Partido comunista chileno tras la dictadura del general Pinochet. Pero antes de todo ello, recordando a María Zambrano y a su juventud en aquellos meses de finales de 1936 y principios de 1937, dirá de sí y de su misma generación: “Lo principal entonces era solidarizar con la República española. Fue una pasión, una convicción fundamental de nuestras mocedades” (id.: 538). En

efecto, para aquellos jóvenes de la Generación del 38 (así llamada porque en 1938 es cuando gana las elecciones el Frente Popular en Chile) la Guerra de España fue una de sus señas de identidad más firmes y reconocibles. Lo demuestra también la primera publicación de quien iba a ser después uno de los filósofos más influyentes del panorama chileno, Jorge Millas, quien en 1937, también a sus veinte años de edad, iba a publicar un poemario de título inequívoco: *Homenaje poético al pueblo español*.

María Zambrano no es causa de todo esto, desde luego, ni mucho menos, pero sí es un agente importante en la canalización de un fermento cultural chileno (eso fue, sin duda, la editorial Panorama) que preexistía a su llegada y con el que ella iba a conectar de manera muy activa. Fue, con Rodríguez Aldave y con Rodrigo Soriano, una suerte de amalgama de distintos grupos políticos y/o culturales del panorama chileno que no siempre caminaban juntos entonces, ni tal vez después, aunque todos ellos se reconocían en aquel tiempo en una misma solidaridad con la causa republicana española (Soto 1996: 19). Su presencia, sentida después como ausencia, como queda dicho, fue, sin duda, importante –tal vez muy importante– para aquellos jóvenes chilenos: “Siempre hemos considerado un hecho memorable y definidor de nuestra juventud el haber conocido y colaborado por algún tiempo, que fue breve, con María Zambrano” (Teitelboim 2004: 538).

También fue decisivo Chile para Zambrano, sin duda. Mucho más de lo que suele pensarse y escribirse. Ella misma lo recordaría en “La tierra de Arauco”, un muy significativo artículo escrito en Barcelona y publicado en *Revista de las Españas* en junio de 1938:

Y al llegar aquí debo dar un tono demasiado personal a mis palabras, porque se trata de una experiencia, de un suceso decisivo en mi vida que, si merece la pena ser expresado, es porque puede haberle ocurrido a un español cualquiera colocado en el trance de llegar a las tierras del Nuevo Mundo en las semanas trágicas de noviembre del 36, cuando la amenaza fascista apretaba su cerco a Madrid, cuando definitivamente el *fascio* internacional desencadenó su invasión sobre nuestra tierra, cuando era mayor [el] abandono y la incompreensión del mundo, en el que se encendía como fuego fraternal el de los pueblos, el de los “pobres del mundo” que nos acompañaban. Y me sería imposible desprender mi pequeña experiencia americana de la situación en que como española me encontraba. Todavía más, fue entonces, avivada por el resplandor de España en tierras americanas, cuando se me revelaba como una fuerza indestructible la existencia misma de España. Fue desde América cuando descubrí España (Zambrano 2015: 333).

Nótese la fuerza emotiva y la precisión de la palabra que une aquí Zambrano, algo, por lo demás, muy característico de su estilo filosófico y que encontrará fundamento en los libros gemelos publicados en México en 1939: *Filosofía y poesía* y *Pensamiento y poesía en la vida española*. Nótese que habla de revelación, algo que también iba a ser –o era ya– característica suya en tanto que uso filosófico de un lenguaje religioso: habla, en efecto, de revelación, de que algo se le revela en Chile. Y que eso que se le revela es precisamente España.

Es importante –tal vez muy importante– que lo que se le revela a Zambrano en Chile sea España. O de otro modo: que lo que se le revela lejos de España sea precisamente España, como si lo que se revela, eso que se revela o la revelación misma sólo pudieran darse fuera, suceder en algún afuera, como si sólo desde la lejanía –acaso desde una esencial lejanía– pudiera convocarse o acontecer la revelación. En Chile, pues: “Sería preciso mirar a España y a su suceso desde lejos, desde todo lo lejos que nuestra condición de españoles lo permita, aunque cordilleras y océanos se interpongan entre su tierra y nuestro paso” (*El español y su tradición*, Zambrano 2015: 201). En Chile, pues: “¿A qué negar que los españoles, vueltos de espaldas, como estábamos, a nuestro propio ser, lo estábamos también hacia América?” (*La tierra de Arauco*, Zambrano 2015: 331-332). Era como decir que España desconocía a América porque se desconocía a sí misma, que es lo que significa ese vivir de espaldas que ella dice: de espaldas a América porque de espaldas a sí misma, a su propio ser, al ser propio de España. Déjese de lado ahora el aparente esencialismo de

ese ser del que se habla, de ese ser de España que dice Zambrano del que los españoles han vivido y viven olvidados. ¿No será la Guerra civil expresión de este olvido? Así es, en efecto. “Así era – dice–, y, por otra parte, una amarga leyenda rodeaba nuestro nombre [España] allá en las lejanas tierras transatlánticas: una sombra producida por el mundo moderno, tan injusto con nuestro pasado como despiadado hoy con nuestro presente” (id.: 332).

A la indagación de ese ser de España a cuyo olvido cabe imputar la Guerra, la civil de ahora y aun otras, acaso todas, María Zambrano dedicará después, en el exilio, como tarea propia del exilio, o de su exilio, dos o tres libros de capital importancia: el ya citado *Pensamiento y poesía en la vida española*, de 1939, y *España, sueño y verdad*, de 1965 (y como variante de este último cabría poner también el caso del libro italiano, *Spagna: pensiero, poesia e una città*, de 1964). Importa señalar aquí que esa indagación por el ser olvidado de España Zambrano la acomete sumergiéndose de lleno en la literatura, como si la literatura española y su tradición fueran algo así como el lugar de un olvido, o de una ocultación, del ser propio de los españoles. Intuye Zambrano –pero no es un mero vislumbre, sino una intuición plenamente filosófica– que la tradición literaria española se constituye también como refugio de un ser que se oculta, y, a la vez, acaso porque están íntimamente relacionados, también de un pensar que se escabulle del dominio filosófico de la modernidad triunfante, del imperio de su luz y brillo cegadores, de su segura arrogancia y de su forma despiadada de relacionarse con los márgenes y con las sombras, con la pobre y desvalida otredad. Acaso hubo de recordar lo que había dicho Unamuno en el último capítulo de *Del sentimiento trágico de la vida*: que el pensamiento inherente a la cultura española (o tal vez ya hispánica, pudo pensar ella desde Chile) no había que ir a buscarlo en los tratados filosóficos o científicos, sino en la literatura y en la poesía, en la mística y en la novela. Ahora ella sabía por qué. O mejor: no lo sabía aún, pues el saber le vendría después de una larga indagación en la que iban a mezclarse la literatura y el exilio casi como si fueran una misma cosa, pero sin duda se le había revelado. Sin duda, pues que lo dice claro. Esa revelación era como una transparencia desde la que se entiende, o en la que se entiende, algo o todo, pero a la que debe seguir un necesario –para Zambrano, filósofa siempre– camino de traducción hacia el saber. Traducir la revelación y hacer de ella un saber operativo, eso entiende, o tal vez sólo vislumbra ahora, acaso sin entender todavía plenamente, que es lo que ella debe hacer con la filosofía. Y ello porque sólo en el caminar hacia el saber se constituye el saber, pues no es meta o llegada, sino mero suceder en el camino, mientras se camina o se hace camino.

Ese camino es método, y es lo que ella busca: ese *métodos* que en griego significa camino, el modo y la forma de caminar y hacer camino. Es lo que ella busca, o lo que encuentra, pues que lo revelado es un don, algo que sucede con una lógica distinta, algo que llega no porque se haya llegado a ningún sitio, al final de una suma de pasos, o de una deducción o de una inducción, por ejemplo, sino que llega sin más, acaso sin que se espere, sin que siquiera quien la recibe piense o pueda creer que lo merece. Algo que se encuentra, pero no por caso, sino que sale al encuentro de quien está en camino. Parece oscuro, acostumbrados como estamos al dominio de los métodos científicos, o a los de las disciplinas humanistas que han logrado sobrevivir en las universidades. Más bien parece mera charlatanería, juegos de palabras que escapan de la lógica del sentido y de las formas sintácticas más al uso y de las gramáticas más correctas. Y sin embargo hay en ello, en esa oscuridad sintáctica y/o semántica que parece que la envuelve, o en la que se manifiesta, algo indecible que busca ser traducido, una nueva claridad que acontece en la experiencia del camino, nueva claridad tal vez no siempre comunicable sino a quienes ya están o han estado en camino. En ese mismo camino o en uno semejante. Al suyo, María Zambrano lo llamó “razón poética”: algo que es a la vez método y doctrina (Martín 2008: 23-26).

En Chile se le revela España a Zambrano. Así ha dicho. No es cosa de poco, y bastaría esto para hacer de Chile uno de los lugares privilegiados de su pensamiento. Pero hay más, y es quizá

aún más importante y decisivo: porque es en Chile donde nace la razón poética, como repetidamente ha mostrado Madeline Cámara (2013: 19, 2015a: 19-25, 2020: 184-186), aunque no siempre se le reconoce el mérito, o se le regatea, incluso desde los lugares más altos de los estudios zambranianos, como es, por ejemplo, el de la edición de sus *Obras completas*. Gesto feo, sin duda, pero que dice más, y mal, de quien silencia y engaña, o, peor aún, de quien ni siquiera sabe o hace como que no sabe.

¿Nace o se revela, en Chile, la razón poética? No es pregunta capciosa o banal, pues estamos hablando de alguien, Zambrano, que hablará después del exilio como de un segundo nacimiento. Si se presta atención a los estudios que se han dedicado a la génesis de la razón poética se observa cómo haya una suerte de movimiento hacia atrás desde el que se van indicando como pasos sucesivos hacia adelante de la investigación los descubrimientos de documentos capaces de certificar una aparición anterior del término. Y así se va pasando de la famosa y muy citada carta de Zambrano a Rafael Dieste de 1944, a esos pasos significativos, y también muy citados, que se encuentran en los libros gemelos de 1939, al artículo “*La Guerra de Antonio Machado*”, publicado en *Hora de España* en el número de diciembre de 1937, entre otros, tal vez menos claros y/o significativos. Hoy, como queda dicho, después de los estudios de Cámara, ya no pueden quedar dudas respecto al lugar en que aparece por primera vez nombrada la razón poética: se trata, en efecto, de uno de los textos chilenos de María Zambrano, el breve epílogo con el que se cerraba aquel poemario de urgencias que fue *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*, joya de la editorial Panorama publicada en los primeros meses de 1937. El epílogo zambraliano lleva por título “A los poetas chilenos de *Madre España*” y es un texto que, a pesar de su brevedad, o quizá por ello, en verdad no tiene desperdicio. Allí reflexiona Zambrano, por ejemplo, y lo hace en un modo novedoso, sobre el sentido de la maternidad española y su relación con el Nuevo mundo. Pero en lo que hace ahora a nuestro caso, que no es otro que el de la certificación de la primera aparición de la razón poética en la obra de Zambrano, el texto es el siguiente:

Y es con la poesía y con la palabra, es con la razón creadora y con la inteligencia activa en conjunción con esa sangre que corre a torrentes, como hay que forjar este Renacimiento del pueblo español que traerá un mundo nuevo para todos los pueblos. Brota la fecundidad de esta conjunción de dolor humano y razón activa, de la carne que sufre y la inteligencia que descubre. Sólo el dolor no bastaría porque la pasividad nunca es suficiente, ni tan siquiera la fiera lucha armada; es preciso, y más que nunca, el ejercicio de la razón y de la razón poética que encuentra en instantáneo descubrimiento lo que la inteligencia desgrana paso a paso en sus elementos (Zambrano 2015: 377-378).

El epílogo está fechado en el mes de enero de 1937, lo cual no deja lugar a dudas sobre su definitiva anterioridad respecto de los textos antes mencionados. En dicho epílogo aparece la razón poética, o mejor: comparece, y establece con las frases que la rodean y la envuelven una serie de relaciones de significación y sentido que configuran su germinal e implícito campo semántico. Pero todo ello aparece aludido e indicado, pues lo cierto es que en esa primera aparición queda la razón poética indefinida: en efecto, Zambrano no dice allí qué sea. Como tal vez tampoco lo diga de una manera perfectamente clara en esos otros textos a los que los estudios sobre su génesis hacen repetidamente referencia. Y tal vez no lo diga –ni ahora ni después– porque no puede decirlo: porque la razón poética es algo que se sitúa, ya desde su misma aparición, o nacimiento o lo que sea, fuera del horizonte moderno que habían abierto y sostenían las definiciones claras y distintas del cartesiano *Discurso del método*. Tal vez la razón poética no se define porque no puede definirse, porque no aparece al final de un procedimiento lógico, deductivo o inductivo o como sea, porque no es resultado de nada, o de algo, ni producto, sino don, revelación.

Acaso también la razón poética sea una revelación, algo que se revela, que se le revela a Zambrano en Chile, en ese camino que estaba haciendo en Chile, en el afuera de España que era

Chile, en aquel afuera íntimo, en aquella lejanía tan propia. Como España, pues, es la razón poética algo que se le revela a Zambrano en Chile. O por mejor decir, es como si esa revelación que se nos aparece en la escritura como por partida doble (por un lado España y por otro la razón poética) fuera en verdad una sola y misma revelación.

Por extraño que parezca, la verdad es que España es una promesa, algo en lo que pesa más la tarea por hacer, que su largo pasado ya hecho; y esta verdad, hasta ahora sabida por unos pocos, es ahora evidente para todos los que son capaces de entender. Con sus piedras de siglos, sus tradiciones de la más remota antigüedad, España no era nunca arqueología sino vida en potencia y su pueblo la más grande reserva moral del mundo moderno. Por eso era obligado que todos los poderes reaccionarios, que todas las fuerzas agónicas, último deshecho de un pasado que ya no tiene vigencia, hayan atentado contra este pueblo lleno de futuro. No se equivocaron de blanco; el pueblo español con sus infinitas reservas morales y sentimentales, humanas, con sus tres siglos por lo menos de barbecho constituye hoy en el viejo mundo, el germen poderoso, el renacimiento del mundo nuevo (Zambrano 2015: 377).

España es la zarza que arde al borde del camino, allí donde resuena la voz de la razón poética, que es también, a su vez, pues no podía ser de otro modo, el mismo camino. Es la misma revelación, algo que no siempre se ha entendido en toda su hondura y complejidad. También, pues, se revela la razón poética: no nace simplemente, ni se gesta, aunque también pueda hablarse de ello en estos términos, pero lo cierto, lo propio en Zambrano, es la experiencia de la revelación, a la que sólo sucesivamente sigue en su obra el esfuerzo de traducción del que hablábamos antes, la necesidad de dar cauce en la gramática y en el tiempo a lo que en la revelación sólo se ve y se intuye como absoluto, esa necesidad de su filosofar de buscar un camino hacia el saber que a su vez sólo puede constituirse como puro camino. Esa y no otra es a razón de tantas referencias alusivas sin definición precisa de la razón poética: porque no puede definirse, o puede hacerlo sólo en el camino y como camino.

Pero no es –no puede ser, ya queda dicho– algo que sin más se da en el camino, o como camino, sino que requiere, para poder darse o suceder como revelación, que se esté en camino, o en el camino, tal vez incluso ser un mismo camino. De otro modo: hay que merecer la revelación. Zambrano estaba en camino, desde luego. Y no porque estuviera en Chile recién llegada de España, donde volvería al poco, casi al tiro, como se dice en Chile, y donde seguiría el camino de la República en su retirada hacia la derrota (Valencia, Barcelona, el exilio incierto y sin medida), sino porque en su obra, en sus escritos, se aprecia ese esfuerzo intelectual que la hacen merecedora de la revelación de la razón poética. Merecedora porque son expresión de su estar en camino, o de ser un camino, de caminar al encuentro de algo que se busca y no se sabe bien qué sea. Artículos como “La reforma del entendimiento” o “El español y la tradición” o “La reforma del entendimiento español”, todos ellos publicados en 1937 (el primero en la chilena *Atenea* y los otros en *Hora de España*) y muy pegados al epílogo de *Madre España*, muy muy pegados a él, dan fe de esa búsqueda de lo que aún no tiene nombre, de ese camino esforzado y paciente en el que la razón poética iba a revelársele a María Zambrano. En el primero de ellos, y como botón de muestra, se lee: “del largo pasado racionalista nos ha quedado la prueba de que la razón ha podido alcanzar resultados positivos. Se trataría, por tanto, de descubrir un nuevo uso de la razón, más complejo y delicado” (Zambrano 2015: 200).

Se le revela en Chile, pero la razón poética está en España. O mejor: es España el lugar de la razón poética. O, si no *el* lugar, sí al menos uno de sus lugares privilegiados. Esos “tres siglos por lo menos de barbecho” apenas citados y con los que Zambrano reconoce –justifica y comprende– la *diferencia hispánica* con respecto de Europa, no la geográfica, claro está, sino la espiritual y la intelectual que se habían hecho con el control y con el dominio de la modernidad, la han dejado a salvo, como tierra largamente preparada para un cultivo nuevo. Que era como decir

para una filosofía nueva. Un horizonte que Zambrano recibe de Ortega y Gasset, sin duda, pues no puede olvidarse que lo que conscientemente piensa Zambrano estar haciendo en esta época no es sino profundizar y ampliar el radio de acción de la “razón vital”. Es, pues, la razón vital orteguiana el camino en el que estaba Zambrano y donde se le reveló la razón poética. En ese camino no estaba sólo Ortega, claro está, sino también Unamuno y Machado como maestros tutelares o guías de un camino que entonces no se sabía adónde iba. Y claro está, también el vivo recuerdo del sufrimiento de un pueblo, de aquella sangre derramada por las calles, según el verso de Neruda, de los caídos y de los que iban a caer dando la vida en defensa de un ideal encarnado, como era la República de España en el sentir y en el pensar de María Zambrano, pasión y sentimiento a los que une la inteligencia de una razón nueva, poética al fin, acaso porque sólo poéticamente *debe* habitar el hombre en esta tierra, una nueva razón capaz de iluminar el paso hacia un tiempo nuevo.

Del viaje de ida a Chile Zambrano dejó constancia en un artículo de rara belleza, “La tierra de Arauco”, ya citado y publicado, como queda dicho, en Barcelona en 1938. Del viaje de vuelta también dejó constancia en otro artículo irrepetible, “Españoles fuera de España”, publicado en *Hora de España* en julio de 1937, casi, como quien dice, sin deshacer las maletas del viaje. Dos viajes y un mismo camino. De su estancia chilena, muchos años después y ya de regreso del exilio, si es que del exilio pueda regresarse, en un prólogo de ocasión a la reedición de su antología de García Lorca, diría: “En las funciones que desempeñaba allí en mi despachito organizaba actos en favor de la República, como conciertos de música en los que colaboraban conocidos ejecutantes y a los que asistía la alta sociedad, la cual eludía participar en pro de la causa del pueblo español” (Zambrano 2014: 713-714). Tal vez fuera un despachito, como dice, lo que ella tenía en Chile, pero no fueron sólo conciertos de música lo que organizó. Queda claro, pues. Y que la humildad es virtud.

BIBLIOGRAFIA

- Barchino, Matías, y Cano Reyes, Jesús (eds.) (2013), *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur.
- Bungard, Ana (2009), *Un compromiso apasionado. María Zambrano: Una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, Madrid, Trotta.
- Cámara, Madeline (2013), *Chile; la experiencia latinoamericana de la ‘solidaridad’ para María Zambrano*, en *Aurora*, 14, pp. 18-25.
- Cámara, Madeline (2015a), *Chile en la experiencia latinoamericana de la ‘solidaridad’ y del nacimiento de la ‘razón poética’ en María Zambrano*, en *Atenea*, 512, pp. 15-32.
- Cámara, Madeline (2015b), *Textos chilenos de María Zambrano*, en *María Zambrano: Between the Caribbean and the Mediterranean*, ed. de M. Cámara y L. Ortega Hurtado, Delaware, Juan de la Cuesta, pp. 253-270.
- Cámara, Madeline (2020), *Constelaciones chilenas de María Zambrano*, en *Monograma. Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento*, 7, pp. 177-203.
- Cámara, Madeline (en prensa), *Apuntes para la genealogía latinoamericana de la razón poética de María Zambrano*, en *Antígona*.
- Carrellán, Juan Luis (2017), *El golpe militar del 18 de julio en la prensa chilena: una mirada desde el confín del mundo*, en *La Guerra Civil Española: estudios y reflexiones desde Chile*, ed. de J. L. Carrellán, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, pp. 1-33.
- Fernandois, Joaquín (2005), *Mundo y fin del mundo: Chile en la política mundial (1900-2004)*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile.
- Garay Vera, Cristián (2000), *Relaciones tempestuosas: Chile y España 1936-1940*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile.
- Martín, Francisco José (2008), “Introducción” a M. Zambrano, *España (Pensamiento, poesía y una ciudad)*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 11-75.

- Martín, Francisco José (2009), *Los exilios de María Zambrano*, en *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX*, coord. M. Garrido et al., Madrid, Cátedra, pp. 595-605.
- Martín, Francisco José (2019), *Memoria del Winnipeg: luces y sombras del exilio republicano español en Chile*, en *Santiago. Ideas, crítica, debate*, 8, pp. 104-109.
- Moradiellos, Enrique (2001), *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península.
- Morales, Andrés (1999), *España reunida. Antología poética de la guerra civil española*, Santiago de Chile, RIL.
- Nocera, Raffaele (2006), *Chile y la guerra, 1933-1943*, Santiago de Chile, LOM.
- Romero Pérez, Elena (2017), *¿Una nueva trinchera? Persecución política de españoles en Chile durante la Guerra civil*, en *La Guerra Civil Española: estudios y reflexiones desde Chile*, ed. de J. L. Carrellán, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, pp. 35-63.
- Sánchez Cuervo, Antolín y Hernández, Sebastián (2014), *La estancia de María Zambrano en Chile*, en *Univsum*, 29, pp. 125-139.
- Sánchez Dorado, Alicia (2019), *Génesis de la razón poética*, Sevilla, Athenaica.
- Sapag Muñoz de la Peña, Pablo (2003), *Chile, frente de combate de la guerra civil española. Propaganda republicana y franquista al otro lado del mundo*, Valencia, UNED.
- Soto, Hernán (ed.) (1996), *España 1936. Antología de la solidaridad chilena*, Santiago de Chile, LOM.
- Soto García, Pamela (2004), *Chile: un inolvidable y decisivo viaje*, en *María Zambrano. De la razón cívica a la razón poética*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Residencia de Estudiantes & Fundación María Zambrano, pp. 103-109.
- Soto García, Pamela (2005), *María Zambrano en Chile*, en *República de las Letras*, 89, pp. 48-58.
- Teitelboim, Volodia (2004), *María Zambrano vuelve a Chile*, en *María Zambrano. La visión más transparente*, coord. J. M. Beneyto y J. A. González Fuentes, Madrid, Trotta, pp. 537-544.
- Zambrano, María (2014), *Obras completas*, vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2015), *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN · is a doctor of philosophy and philology. He is currently professor in the Department of Philosophy at the University of Turin. He is the author, among others, of *Olvidar a Schopenhauer. Filosofía y literatura en la crisis de fin de siglo en España* (2016) and of the compilation of the Italian writings of María Zambrano, *Per abitare l'esilio* (2006).

E-MAIL · francisco.martin@unito.it